

# El cerebro de Rubén Darío o el macabro destino de una cultura A cien años del fallecimiento de Rubén Darío



Diego Piñeros García. Serie *Mi Mayor Defecto es el Perfeccionismo-Tich Quan Duc*, 2015

Relata Francisco Contreras, cercano y fiel amigo de Rubén Darío en sus últimos años de París, en *Rubén Darío. Su vida y su obra* (1930), el destino del cerebro del poeta nicaragüense luego de la autopsia del poeta, de su embalsamamiento, conservación del corazón y enterramiento aparte de las vísceras, por parte de sus médicos de cabecera, Debayle y Lara: “Y como si esto no fuera suficiente, al día siguien-

te los mismos doctores extrajeron el cerebro del difundo grande hombre. Parece que Debayle había convenido con la esposa de Darío que aquella víscera le sería confiada; temiendo empero, que el cuñado no lo consintiera, así que hubo colocado el cerebro en su recipiente, escapó con él. Pero Murillo lo hizo detener por los soldados que custodiaban la casa. Siguióse un altercado violento, que dio por resultado

que el codiciado cerebro fuera conducido a la Estación de Policía para esperar la decisión del Gobierno. Pero, ¿qué sentimientos movían a estas personas que osaban poner en prisión la parte más noble del más grande de los poetas de América? Debayle quería el cerebro para hacer un ‘estudio de esa víscera, como Antomarchi los hizo de Napoleón’. Los Murillo lo querían, a su vez, para que otro médico tuviera tal honor, y así, cuando el Gobierno resolvió entregárselo a la viuda, lo confiaron a un médico de Granada (la ciudad rival de León) a fin de que este se llevara la gloria...”

La macabra y extravagante peregrinación del cerebro del poeta Rubén Darío podemos tomarla como una metáfora del destino atormentado de la cultura hispanoamericana. El destrozo que padece, las peregrinaciones inciertas y grotescas, y los múltiples olvidos, son el resultado casi esperado de las infinitas y agobiantes disputas sobre el destino manifiesto (los débiles también padecen su destino manifiesto) de nuestra América.

Apenas cabe extrañarse, entonces, por la devota indiferencia con que este año 2016 — que podría disfrutar como el Año Rubén Darío — pase como nubes secas. Hablar de la figura y la obra de Rubén Darío pareciera ser mendigar por un mendrugo en el festín del ocasionalismo ocurrente. El lugar del poeta, de la herencia modernista y, en realidad, de la tradición cultural latinoamericana, resulta equívoca, marginal, olvidada. Lo que se entendió un día como una emancipación lograda del tronco de la literatura peninsular, y lo que fue un vivo, eficaz, indiscutible e indisputable referente de una comunidad literaria, son ahora como ese cerebro inerte que vaga de manos de Debayle, de Lara, de Murillo, a una inspección de policía.

Si antes el *Lignum Crucis* de nuestra cultura consistía en el apego supersticioso del pigmeo mental que preside la canonización temprana

y esterilizante del mismo *Lignum Crucis* (el cerebro itinerante de Darío), ahora el negocio de la fragmentación y el desgarramiento de la cruz de Cristo ahistorizado proviene de cualquier elucubración gringa o europea. Esta nueva operación olvido, esta masacre cultural, es una recurrencia que olvida que lo que se tiene hoy por tradición enojosa, la contribución de la poética dariana a nuestras letras (por tomar un ejemplo epónimo), fue en su momento una tarea enorme de remoción y de liberación contra la sosa liturgia peninsular.

Como el Bolívar de la *Carta de Jamaica*, el Darío de *Cantos de vida y esperanza* fue una voz vigorosa que invitaba a la ruptura de las cadenas del pasado y abría el camino a una apolitización condicionada; lo que apretaba no era el enemigo externo, sino, sobre todo, las cadenas interiores: la nueva operación olvido, la momificación de la cultura de los poscolonialismos y decolonialismos (una jerga onanista), la renuncia a la comprensión dinámica de los procesos histórico-literarios y socio-intelectuales.

Pero, ¿cómo transformar lo pasado, incorporarlo, reemplazarlo, recrearlo con nuevas formas vivas, en vista del presente, “para curar heridas y reemplazar lo perdido”, si no sabemos qué es y en qué consiste ese pasado, nuestra historia, nuestra cultura? ¿Cómo restablecer el diálogo dinámico entre continuidad cultural y fuerza plástica creativa y la ruptura sin conocer ese pasado que fue una vez dinámico, fuerza plástica creativa, lucha contra el moho del pasado, superación titánica?

El pasado es precisamente eso y no se puede recuperar, es la leche regada de lo histórico; pero también es recuerdo activo de sí mismo, alude a la condición distintiva del hombre de hacer memoria y de atarse al pasado como identidad, como razón de ser individual y colectiva. Recordar es, a la vez, la reflexión, el juicio de ese pasado, personal o colectivo, como muerto o extraño, o como vivo y revivificador,



Diego Piñeros García. Serie *Kind of Magic* "No es que sea pesimista, es que el mundo es pésimo".  
 Iggy Pop-Martin Schoeller, 2013

como horizonte de decisiones culturales para el presente, como crítica activa y creativa.

Queremos recordar nuevamente a Rubén Darío en esta *Agenda Cultural* de la Universidad de Antioquia, invitar a leerlo y releerlo, a festejar esa fiesta de la palabra creativa, ese manantial de formas verbales que deslumbró, que puso en crisis la lengua floja del romanticismo hispánico y nos enseñó el camino de la nueva americanidad. Su literatura fue mestiza; es decir, de un cosmopolitismo alegre, colorido y emancipador.

Fue Rubén Darío a la vez griego pagano, simbolista francés, cantor de gesta medieval, artesano indígena, republicano, gongorista y wagneriano a su manera. Fue equívoco, porque su situación cultural lo fue. No es difícil entender hoy estas lejanas circunstancias como sacadas del precámbrico de nuestra vida continental. Las resume plásticamente el venezolano Piñón-Salas: "Como muchos escritores y artistas

nacidos equivocadamente en países que no los necesitan —porque aún era la hora de la boa:... de cercenar de un machezato a quienes no piensan como nosotros—, Rubén Darío cuidaba entre los dictadores centroamericanos su 'puestecito' diplomático, aquella casaca ridícula para su pesado cuerpo de cacique chorteca, de brujo sabio en yerbas y cantos rituales, con que pasaba por Europa, y podía publicar sus libros en París. ¿Pero hubiéramos querido que se quedara en Nicaragua de escribano de algún sátrapa, redactor del 'periódico oficial' o 'listero' de una compañía imperialista? Allá lejos, por lo menos, podía cantar 'en versos que abolida / dirán mi juventud de rosas y de ensueños, / y la desfloración amarga de mi vida / por un vasto dolor y cuidados pequeños'".

**Juan Guillermo Gómez García** es Doctor en Filosofía, ensayista y crítico. Se desempeña como profesor de las universidades de Antioquia y Nacional —sede Medellín—.